

El cuerpo viejo como una imagen con fallas: la moral de la piel lisa y la censura mediática de la vejez

O corpo velho como uma imagem com falhas: a moral da pele lisa e a censura midiática da velhice

The old body as a mistaken image: the moral of smooth skin and media censorship of aging

Paula Sibilía¹

Resumen *En la era del “culto al cuerpo” y en plena espectacularización de la sociedad, instados a convertirse en imágenes con contornos bien definidos, los cuerpos humanos se ven desencantados de todas sus potencias simbólicas que exceden los códigos de la “buena apariencia”. En ese contexto y paradójicamente —medio siglo después de los movimientos de liberación sexual y cuando rige una reivindicación de la subjetividad encarnada, con la “expectativa de vida” aumentando sin cesar—, nuevos tabúes y pudores convirtieron a la vejez en un estado corporal vergonzoso. Este artículo examina las estrategias de censura implícita en los medios de comunicación gráficos y audiovisuales, que evitan mostrar o retocan las imágenes de cuerpos viejos con técnicas de purificadoras y alisadoras, insinuando que ostentarlas*

¹ Professora do Programa de Pós-Graduação em Comunicação e do Departamento de Estudos Culturais e Mídia da UFF, autora de *O homem pós-orgânico: Corpo, subjetividade e tecnologias digitais* (2002), *O show do eu: A intimidade como espetáculo* (2008) e *Redes ou paredes: A escola em tempos de dispersão* (2012), pesquisadora do CNPq e Jovem Cientista do Nosso Estado pela FAPERJ.

impudicamente equivaldría a practicar una nueva forma de obscenidad, y diseminando esa pedagogía en el público.

Palabras-clave: *Vejez. Subjetividad contemporánea. Imagen. Visibilidad. Culto al cuerpo.*

Resumo *Na era do “culto ao corpo” e da espetacularização da sociedade, instados a se converter em imagens com contornos bem definidos, os corpos humanos são desencantados de suas potências simbólicas para além dos códigos da “boa aparência”. Nesse contexto e paradoxalmente – meio século após os movimentos de liberação sexual e em plena reivindicação da subjetividade encarnada, com a “expectativa de vida” aumentando sem cessar –, novos tabus e pudores converteram a velhice num estado corporal vergonhoso. Este artigo focaliza as estratégias de censura implícita dos meios de comunicação gráficos e audiovisuais, que evitam mostrar ou retocam as imagens de corpos idosos com técnicas depuradoras e alisadoras, insinuando que ostentá-las despidoradamente equivaleria a praticar uma nova forma de obscenidade, e disseminando essa pedagogia no próprio público.*

Palavras-chave: *Velhice. Subjetividade contemporânea. Imagem. Visibilidade. Culto ao corpo.*

Abstract *In times of the “cult of the body” and “the society of spectacle”, human bodies are required to become well-defined images, while they are disenchanted from all those symbolic powers that exceed the “good looking” codes. In this context and paradoxically –half a century after the sexual liberation movements and when a recognition of a embodied subjectivity rules, with a continuous increasing “life expectancy”-, emerging taboos and a new sense of decency turn old age into a state of body shame. This essay analyses the strategies of implicit censorship performed by graphic and audiovisual media that avoid showing the images of old bodies by retouching them using refining techniques, implying that showing them would be a new kind of obscenity, and spreading those skills among the public.*

Keywords: *Aging. Contemporary subjectivity. Image. Visibility. Cult of the body.*

Data de submissão: 17/08/2012

Data de aceite: 24/10/2012

Es una pena que una criatura tan radiante deba envejecer —suspiró Wilde.

—Realmente —concordé— ¡Sería maravilloso si pudiera conservarse tal como es, mientras que el retrato envejeciera y se marchitara en su lugar! Hago votos para que así sea.

Oscar Wilde²

Cuando cumplí 50 años parecía que me hubiera vuelto invisible. Nadie más dijo nada, ni un elogio, ni una mirada, nada. Eso es lo que más me da la sensación de haberme vuelto una vieja.

Profesora, 55 años³

No es fácil ser viejo en el mundo contemporáneo, aunque ser vieja quizás sea aún peor. Esas aseveraciones pueden sonar paradójicas en un momento histórico que posibilitó como nunca antes la expansión cuantitativa y cualitativa de la vida, especialmente en lo que respecta a las mujeres. Entre las muchas características inéditas de nuestra época, se cuenta tanto la creciente participación femenina en todos los ámbitos —incluso en los más altos escalafones del poder, con libertades equiparables a los hombres en los diversos planos de la existencia— como el hecho incontestable de que la población mundial está envejeciendo. Además de haberse reducido la tasa de fertilidad por habitante y, por tanto, el número relativo de nacimientos, los increíbles avances tecnocientíficos de las últimas décadas no cesan de desafiar los límites que tradicionalmente constreñían a los cuerpos humanos, disminuyendo tanto la morbilidad como la mortalidad. Las características biológicas de

² WILDE, Oscar. *O retrato de Dorian Gray*. Rio de Janeiro: Ediouro, 2001; p. 15.

³ GOLDENBERG, Mirian. *Coroas: Corpo, envelhecimento, casamento e infidelidade*. Rio de Janeiro: Ed. Record, 2008. La frase fue extraída de entrevistas concedidas a la antropóloga brasileña durante su investigación sobre el tema.

cada sujeto y de la especie en general se revelan cada vez menos intransigentes delante de la intervención técnica, mientras que el espectro de experiencias individuales y colectivas ofrece una diversidad jamás vista, capaz de transbordar los horizontes de la condición humana empujando sus confines rumbo a territorios impensados.

Todas esas fronteras se están desplazando: antes consideradas rígidas y estables, determinadas por fuerzas inmanejables como los diseños naturales o divinos, ahora registran una dilatación e incluso una metamorfosis, que amplía su espectro más allá de lo que hasta hace poco se consideraba posible. En ese contexto, la estructura orgánica que conforma los cuerpos humanos parece estar en plena mutación: sus antiguos márgenes se rediseñan constantemente, poniendo en jaque hasta la mismísima demarcación de la finitud. En los últimos cien años, la expectativa de vida de la población mundial se ha duplicado. Quien naciera en tierras brasileñas a principios del siglo pasado, por ejemplo, esperaría vivir menos de 34 años; recién en la década de 1980 esa probabilidad alcanzó un nivel que se puede considerar dentro del rango de la ancianidad, al llegar a los 63 años.⁴ En el tránsito hacia el siglo XXI, esa estimativa superó la marca de las siete décadas de vida para los ciudadanos del Brasil, cuando las estadísticas ya daban cuenta de un nuevo fenómeno: el envejecimiento de la población nacional.⁵ A nivel planetario, el perfil demográfico también fue cambiando: mientras en algunos países la expectativa de vida ya supera las ocho décadas, se calcula que el número de personas con más de sesenta años se triplicará hacia 2050, llegando a los dos mil millones; entonces la población de esa franja etaria excederá la cantidad de adolescentes y niños menores de catorce años de edad.⁶ De modo que los ancianos, además de ser cada vez más viejos y más fuertes, pronto serán mayoría; sobre todo las damas, cuyo calendario vital insiste en aventajar al de los caballeros.

⁴ KALACHE, A; VERAS, Renato; RAMOS, Luiz Roberto. "O envelhecimento da população mundial: Um desafio novo". In: *Rev. Saúde pública*, São Paulo, 21:200-10, 1987.

⁵ Estos datos proceden de la investigación sobre tendencias demográficas del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), <http://www.ibge.gov.br>.

⁶ Estas informaciones provienen de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), "Demographic and Social Statistics", <http://unstats.un.org/unsd/demographic>.

A la luz de esos datos, cabría preguntar: ¿qué puede, hoy, un cuerpo? Una respuesta parece obvia: los cuerpos humanos pueden cada vez más y, asimismo, lo pueden durante más tiempo. Por otro lado, las mujeres y los hombres contemporáneos saben que ellos son los orgullosos artífices de todas esas conquistas, fecundadas a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado para consolidarse en las últimas décadas. No se trata tan solo de un estiramiento en la duración y en la “cantidad de vida”; además, esa tendencia viene acompañada del énfasis en un concepto más complejo: la tecnociencia y el mercado ofrecen un profuso menú que tiende a aumentar, también, la “calidad de vida”. Aunque esta otra categoría sea bastante más esquivada a las definiciones y mucho más complicada cuando se trata de medirla; pero, en todo caso, no hay dudas de que los vectores históricos imprimen su influencia en la conformación de los cuerpos y de las subjetividades, y esa noción ya impregna nuestra era. Factores socioculturales, económicos y políticos ejercen una presión sobre los sujetos de los diversos tiempos y espacios, estimulando la configuración de ciertas formas de ser e inhibiendo otras modalidades. Por eso, dentro de los límites de ese marco flexible y poroso que es el organismo de la especie *homo sapiens*, las sinergias históricas que prevalecen en determinada época incitan ciertos desarrollos corporales y subjetivos, al mismo tiempo en que bloquean el surgimiento de formas alternativas.

Por todos esos motivos, si los contornos del cuerpo humano se están redefiniendo actualmente, esa proeza no se debe tan sólo a las maravillosas soluciones técnicas que no paran de multiplicarse, sino también a otras transformaciones que afectan a las sociedades occidentales cada vez más aglutinadas y conectadas por las redes de mercados globales. Si el envejecimiento y la muerte siempre constituyeron graves límites para la expansión de los cuerpos humanos, hoy esas barreras están siendo dinamitadas. Las nuevas ciencias de la vida sueñan con la posibilidad de “reprogramar” esos cuerpos para tornarlos inmunes a las enfermedades, por ejemplo, esquivando así tanto las penurias de la vejez como la fatalidad de la muerte. Se trata del ancestral sueño de la eterna juventud, renovado como una gran ambición de nuestra época y como una promesa

que, tal vez, pronto estará a disposición de todos; o, cuanto menos, de todos aquellos que tengan condiciones de pagar por tan magnífica receta.

Esa última salvedad merece destaque, porque en el caso de que tal panacea sea descubierta, sin duda no surgirá bajo la forma de un viaje místico rumbo a algún tipo de “más allá”, ni tampoco como cualquier otra opción que contemple un flujo de energías sobrenaturales o extraterrenas. Si ese milagro se concretizara entre nosotros, de hecho, tendrá las facciones prosaicas de una mercancía o de toda una línea de productos y servicios; y, como tal, estará sujeto a un precio que podrá ser cancelado en diversas modalidades y con facilidades de crédito. Pero más allá de desarrollarse en el seno de la cultura mercadológica en que vivimos, ese delirio técnico tan contemporáneo implica un correlato moral bastante complejo, con faces contradictorias y numerosos desdoblamientos, cuyos indicios irradian por todas partes y claman por ser indagados. Vale la pena empezar potencializando el extrañamiento: como fue anunciado al principio de este ensayo, no es fácil ser un cuerpo viejo hoy en día, por más paradójico que eso suene en una época que amplió el derecho a la vejez de forma inaudita y desactivó casi todos los tabúes que encorsetaban las realizaciones corporales

El mito científicista y las técnicas de rejuvenecimiento

La perplejidad inicial se reformula aquí: ¿por qué, a pesar de todos los evidentes avances recién relatados, y considerando las claras ventajas que implica vivir en estos comienzos del siglo XXI, resulta tan difícil ser viejo (o vieja) en el mundo contemporáneo? Cabe notar que la misma palabra suena ofensiva, como una especie de insulto que debería suavizarse con el uso de expresiones más políticamente correctas, tales como “tercera edad” o “mejor edad”. Esta segunda fórmula, que roza el colmo de los eufemismos y la hipocresía, se ha popularizado increíblemente en años recientes, al menos en el Brasil. Y eso ocurre cuando, como bien se sabe y como lo explicitara Simone de Beauvoir en su libro implaca-

ble, limpiamente titulado *La vejez*, en rigor se trata de la “última edad”. Claro que esa fatalidad no es algo que se degluta con resignación y ligereza, sobre todo en una época como ésta, cuando la tecnociencia parece haberse instalado en la última trinchera del encantamiento y de la magia. Curiosamente, pues, al despuntar el siglo XXI, las míticas potencias de la ciencia y la técnica prometen mantenerlo todo bajo control, poniendo en manos de cada individuo las decisiones relativas a su propio destino. Si ese proyecto aún tiene fallas y no se realizó por entero, los discursos mediáticos garantizan que pronto esas pocas aristas que aún desentonan serán pulidas y entonces sí, todo será técnicamente posible. Inclusive el sueño más ambicioso de todos: preservar eternamente la juventud y conquistar la inmortalidad.

Sin embargo, lo cierto es que mientras no se termina de consumir ese fabuloso anhelo, irrigado sin pausa por el “mito cientificista” que hechiza nuestra era, el tiempo va pasando y nuestros cuerpos envejecen lastimosamente. Algo que acaba motivando toda suerte de desesperaciones y angustias, para cuya mitigación carecemos de antídotos. Con el propósito de ayudarnos a lidiar con tamaño desatino, la propia tecnociencia —en su tácita alianza con los medios de comunicación y el mercado— ofrece un inmenso catálogo de soluciones alternativas y siempre temporarias, aunque supuestamente eficaces, que tienden a esquivar ese desfase entre tan soberbias ambiciones y las metas aún modestas que por lo pronto son alcanzables. En ese acervo se incluyen tanto las diversas técnicas de rejuvenecimiento corporal como las drogas para apaciguar el alma, en la medida en que las primeras jamás consiguen la eficacia prometida y el decepcionado consumidor necesitará, por tanto, de algún otro consuelo. En un ensayo dedicado a examinar el “culto a la performance” en la sociedad actual, el sociólogo francés Alain Eherenberg cita un informe oficial de su país que llama la atención hacia el enorme incremento de la prescripción de medicamentos psicotrópicos “como un modo de responder a las dificultades existenciales de la tercera edad”.⁷ Entre los doce

⁷ EHRENERG, Alain. *O culto da performance: Da aventura empreendedora à depressão nervosa*. Aparecida, San Pablo: Ed. Ideias e Letras, 2010; p. 133.

remedios de ese tipo más consumidos en la actualidad, de los tranquilizantes a los estimulantes, cuatro son utilizados sobre todo por la parcela más vieja de la población.

Nada de eso es demasiado inexplicable, sin embargo: ese tipo de apoyo técnico se ha vuelto imprescindible para soportar el peso de la vejez en una sociedad como la nuestra, que no dispone de otros sortilegios para lidiar con el hecho terrible que implica envejecer a ojos vista. Cuando la racionalidad instrumental se impone como un lenguaje universal, capaz de extender a todos los dominios su lógica del cálculo, de la técnica y del mercado sin dejar nada por fuera, no sorprende que la propia vida también sea tratada en esos términos. Así como ocurre con todos los otros aspectos de la acción pública y privada, la *biopolítica* contemporánea fue absorbida por el “espíritu empresarial” y por las doctrinas mercadológicas que todo lo insuflan: un modo de funcionamiento que impregna a todas las instituciones y recubre todos los ámbitos. En consecuencia, tanto la vida de cada individuo como la de la especie humana —e, inclusive, la del conjunto de la biosfera— son pensadas y tratadas según esas reglas del juego cada vez más monopólicas. En ese sentido, todo y cualquier cuerpo se define, también y de modo creciente, como un *capital*.

Especialmente en América Latina, según las investigaciones de la antropóloga brasileña Miriam Goldenberg, quien afirma que el cuerpo humano se presenta, en su país, como “un verdadero capital físico, simbólico, económico y social”.⁸ Se explicaría así, por ejemplo, el prestigio de las modelos en esta parte del planeta, profesión anhelada por “nueve de cada diez chicas” del Brasil; al fin y al cabo, el principal “capital” de que disponen esas estrellas que deslumbran en las pasarelas “es el cuerpo delgado, joven y bello”.⁹ El valor de ese activo financiero de cada uno se establece en función de diversas variables, todas ellas sujetas a las fluctuantes cotizaciones de los mercados en los cuales el cuerpo en cuestión

⁸ GOLDENBERG, Miriam. (Org.) *O corpo como capital*. Estudos sobre gênero, sexualidade e moda na cultura brasileira. Barueri: Estação das Letras e Cores, 2007; p. 13.

⁹ GOLDENBERG, op. cit.; p. 27.

se moviliza. A pesar de los vaivenes y de la inseguridad que suelen afectar a ese tipo de instancias como criterios de valorización de los cuales dependemos casi exclusivamente para juzgar lo que somos, se sabe que un cuerpo viejo hoy vale menos que uno joven. “Pocas cosas se ponen mejores con el tiempo”, afirmaba con impasible despegue una publicidad vehiculada en varios medios gráficos brasileños en 2008. Inclusive, o sobre todo, el anuncio sugería que esa incapacidad para mejorar con el tiempo es inherente a los seres humanos. Más exactamente, en realidad, a las mujeres. En efecto, lejos de mejorar con el inexorable transcurrir de los años, los cuerpos vivos —en particular, los femeninos— suelen hincharse, desfigurarse y hasta desplomarse estrepitosamente.

Para ilustrar semejante obviedad, el aviso en cuestión optaba por estampar cuatro imágenes bastante elocuentes en las páginas de las publicaciones. Una al lado de la otra, esas fotografías mostraban un torso femenino sin rostro, casi anónimo: desde el pecho hasta un poco arriba de las rodillas. Las ropas y otros detalles sugerían que se trataba de la misma persona, de nombre Carla, aunque fotografiada en diferentes épocas: su silueta en cuatro temporadas sucesivas. En ese tránsito del primero hasta el último escalón temporal, la mujer se iba haciendo cada vez menos joven y esbelta. La intención del mensaje, tan tosca como eficaz, consistía en resaltar que hubo un declive en el transcurrir de ese período: en cuatro rápidos años, el cuerpo de Carla se deterioró, pasando de ser una joven atractiva a una señora algo entrada en carnes. Bajo el estigma de esa última condición, casi se insinúa que habría dejado de ser mujer: en función de las marcas temporales, la figura retratada perdió el derecho de ser considerada “deseable”, por ejemplo, algo que constituye “uno de los mayores dolores de envejecer” para las mujeres brasileñas pues implicaría “volverse invisible para los hombres”, ser expulsadas del “mercado de la seducción”.¹⁰ El hecho de deslizarse hacia ese campo de la invisibilidad acarrea serias consecuencias en la “sociedad del espectá-

¹⁰ GOLDENBERG, Mirian. *Coroas: Corpo, envelhecimento, casamento e infidelidade*. Rio de Janeiro: Record, 2008; p. 95.

culo” en que estamos inmersos. Al final de ese trayecto, que va desde la juventud hasta la edad adulta, esa persona que dejó de ser joven habría dilapidado buena parte de su capital corporal y, tras ese agotamiento, se encontraría a orillas de una virtual inexistencia.

Lo sucedido con la mujer del anuncio no hace más que confirmar la declaración incontestable expresada en el lema de esa propaganda: “pocas cosas mejoran con el tiempo”. Casi nada se perfecciona al envejecer, más bien suele ocurrir todo lo contrario. Una excepción poco común a esa magna ley de la naturaleza sería el caso de *Desperate Housewives* o *Grey’s Anatomy*, precisamente, los productos que el aviso publicitario en cuestión se ocupaba de promover. “Dos de las series de mayor éxito de la televisión” que, por lo visto, tendrían la poco común capacidad de desafiar la dura fortuna que afecta a las Carlas y Marías de carne y hueso. Así, a contrapelo de lo que les sucede a las hembras de la especie humana, esas series televisivas, ellas sí, valga la excepción, “cada año están mejores”. A pesar de su auto-evidencia, esa afirmación que se presenta tan obvia bajo la luz de las ilustraciones merece cierto análisis. Porque esa incapacidad para mejorar con el paso del tiempo, que parece intrínseca a casi todo bajo la égida del capitalismo contemporáneo —excepto, tal vez, para algunos vinos y programas de televisión— también contradice ciertas creencias que aún parecen detentar algún valor, referidas a la acumulación de experiencia y a la consecuente riqueza en términos de madurez que implicaría ese proceso.

Experiencia, lifting y pobreza: ¿un mercado de capitales?

En ese vértigo de lo descartable y la obsolescencia, que parece dispuesto a arrasarlo todo bajo el ritmo espasmódico de la actualidad, cabría indagar qué restó del clásico enaltecimiento de la experiencia: aquello que constituía la base de la sabiduría ancestral en culturas más respetuosas de esos valores, por ejemplo, y que en plena pujanza modernizadora podría llevar al “progreso” y al perfeccionamiento como fruto del aprendi-

zaje. Según ese tipo de relatos, el bagaje destilado por el vagaroso rumiar de las vivencias —tanto personales como colectivas— solía apreciarse como algo benéfico, inclusive en la pragmática cultura moderna y bajo la lógica productivista del capitalismo. Todo eso podía considerarse un valioso “capital” que se cosechaba a lo largo de la vida y se buscaba resguardar con todo cuidado, como si se tratara de un tesoro sin precio. Pero ahora el tiempo sólo parece responsable por derramar sobre nuestros cuerpos una cantidad de rasgos indeseables, tales como arrugas, manchas, várices, adiposidades, estrías y otras aberraciones. Además de esos castigos claramente visibles y palpables, el envejecimiento también se ocupa de oxidar ciertos mecanismos delicados, tales como la creatividad y el dinamismo propios de la actitud juvenil, deteriorando así todos los elementos que por ventura constituyen lo que somos.

No hay salida, entonces: el material de que estamos hechos se degrada con los avances de la edad. Por eso, como declaraba aquella publicidad, los cuerpos sólo pueden ponerse “peores” con el pasar del tiempo. El problema se agrava al constatar que, cada vez más, cuerpo —y tan solo cuerpo— es *todo* lo que somos. En consecuencia de esa transmutación, no sería “apenas la carne” lo que se deja corromper con la edad, por ejemplo, como rezarían otras narrativas. En cambio, es cada uno de nosotros, por entero, quien “empeora” irremediabilmente al envejecer: todo lo que nos constituye pierde valor cuando nos volvemos viejos, ya que en ese cruel proceso ocurre una gradual descapitalización de nuestras púberes virtudes. “Aumente su capital-juventud”, invita el típico anuncio de un producto cosmético cualquiera, estampado en la página de una revista e ilustrado con el rostro reluciente de una joven modelo. La mercancía en venta se describe como “*skin saver chrono*”, una suerte de *ahorrador* o un *salvador* de la piel, recurriendo a un lenguaje que saca provecho de las ambigüedades entre el léxico mercantil y el vocabulario religioso. Además, se asocia a las potencias míticas de la divinidad griega del tiempo, Cronos, pero lo hace bajo un barniz cientificista y en el idioma que más le conviene: el inglés, aun cuando el aviso en cuestión emitiera sus destellos dentro de una publicación francesa. Todos los

ingredientes de nuestras pociones mágicas se concentran allí, por tanto, y está claro que hay un precio más o menos módico a pagar por semejante promesa de felicidad, que dejará “su piel 70% más joven, 88% más lisa y 94% más hidratada”.

Algunos ecos dignos de atención brotan de los mensajes de ese tipo, que marcan el compás de esta época con su particular combinación de puerilidad y cinismo, y que tantos dividendos deben rendir a las industrias cosméticas y publicitarias. En 1949 y con su tono rabioso, Simone de Beauvoir denunció la denigrada condición femenina en las páginas de su libro *El segundo sexo*, afirmando que “el cuerpo de la mujer es un objeto que se compra: para ella, representa un capital que se encuentra autorizada a explotar”.¹¹ La más curiosa de esas resonancias es que, más de seis décadas después de que tales constataciones fueron ruidosamente emitidas —y a pesar de todos los avances en las conquistas de derechos y en los cambios socioculturales que sedimentaron nuestro mundo desde entonces—, no ha perdido validez esa noción del cuerpo juvenil de la hembra humana como un capital que conviene invertir con buen tino porque se irá desgastando ineluctablemente. Esa peculiar mitología no sólo no se agotó, sino que parece haber crecido en la medida en que se expandió hacia otros segmentos del mercado: lejos de limitarse a las jóvenes casaderas, ahora también alcanza a las *viejas* e, inclusive, a los varones de todas las edades.

“La belleza también es cosa de hombres”, enseña un anuncio ilustrado con el cuerpo desnudo de un mancebo en pose escultórica que, pudorosamente, esconde su rostro. Y luego alerta que, “más allá de la cosmética y la gimnasia”, es decir, cuando esos recursos menos invasivos se revelan insuficientes, vale la pena recurrir a la “medicina estética” y la “cirugía plástica”, sobre todo si la intención es resolver problemas como “alisar o rejuvenecer el abdomen”, “mejorar nariz, orejas y mentón”, “recuperar el cabello”, “eliminar el pelo corporal”, “blanquear los

¹¹ BEAUVOIR, Simone de. *O segundo sexo*, v.2, “A experiência vivida”. San Pablo: Difusão Européia do Livro, 1967; p. 170.

dientes”, “perder peso y eliminar grasas”. En una astuta tentativa de negociar con las resistencias culturales que aún estorban la consolidación de ese promisor mercado, este aviso español defiende el “profesionalismo” del equipo que opera en esa “organización médico-estética” que sería la “más avanzada de Europa”, utilizando “los últimos avances tecnológicos” para satisfacer los requerimientos de su distinguida clientela. El argumento finaliza con las siguientes invocaciones: “no desista de mejorar” y “si usted es hombre, llámenos”. Puede sonar convincente o no, pero dista mucho de ser la única estrategia puesta en práctica para adobar ese suelo que se adivina fértil. “La nueva dimensión del hombre”, proclama el eslogan de otra “clínica de estética masculina” que, sin arriesgarse a mostrar ninguna foto, enumera sobriamente los diversos servicios ofrecidos para instilar esa dimensión masculina recién inaugurada, tales como: afianzamiento cutáneo, adelgazamiento, implante capilar, estética facial y corporal, depilación y *botox*.

“Al fin y al cabo, usted merece librarse de las marcas de preocupación”, explica otra propaganda de cosméticos, muy semejante a las que suelen interpelar al público femenino, aunque ilustrada con la fotografía de un bello rostro masculino cuyos ojos aparecen enmarcados por finas arrugas. Tan discreta como didáctica, esta otra publicidad brasileña destinada a los hombres contemporáneos también se ve en la obligación de explicar los motivos de su propuesta, algo que no requiere aclaración alguna cuando el público al que se desea llegar está compuesto por mujeres. “Hoy en día”, advierte el texto del anuncio, “cuidar la propia apariencia también significa estar informado y actualizado”. Y, de inmediato, recomienda al consumidor que consulte el pintoresco sitio *arrugasmuncamás.com.br* en internet si desea obtener mayores informaciones. “¿Derrotado por la calvicie?”, pregunta en este caso un aviso mexicano, mientras muestra a un hombre con la cabeza inclinada en señal de humillación por el aludido fracaso, cuya solución también está en venta: “innovadoras técnicas dan como resultado un trasplante imperceptible” que “minimiza la cicatrización”. En suma, pareciera que los mensajes de ese tipo, cada vez más habituales, expresan la voraz universalización

de esa noción del cuerpo como un capital cuyo valor alcanzaría su ápice durante la adolescencia, tanto para las mujeres como para los hombres. Una vez atravesado ese umbral, se exige mucha habilidad en la administración de las inversiones individuales para que la propia apariencia no delate la vergonzosa descapitalización acarreada por la edad.

La carne maldita y la pureza de las imágenes

“La vejez es la peor de todas las corrupciones”, sentencia una frase de bronce atribuida a Thomas Mann. Como bien se sabe, la letanía que aquí nos ocupa no involucra solamente a los discursos mediáticos, tecnocientíficos y mercadológicos, esa triple alianza que comanda la producción de verdades en la contemporaneidad. De hecho, tanto en la historia del arte como en la filosofía y la antropología sulfuran cavilaciones de ese orden. ¿Y quién sería capaz de refutar tan prístina obviedad? Se alude aquí, qué duda puede haber, a esa tendencia a la decrepitud corporal que suele acompasar el ciclo regular de las temporadas y que culmina con el escándalo de la muerte: la peor de las corrupciones. Pero si hoy proliferan las técnicas dedicadas a evitar esa catástrofe es porque esa evidencia se está haciendo cada vez más verdadera, más pesada e incluso absolutamente indiscutible. Eso se debe, en buena parte, al hecho de que no disponemos de otras fuentes de encantamiento para los cuerpos ni para el mundo, que sean capaces de contrabalancear el monopolio del mito científicista —o, cuanto menos, de arañar un poco la despótica racionalidad instrumental que lo cimienta— compensando sus flaquezas con otros ornamentos simbólicos y otras narrativas cosmológicas.

Ante esa indigencia mítica y espiritual que signa la cultura contemporánea, no sorprende que los juicios morales más feroces apunten hacia aquellos que sucumben en el esfuerzo de encuadrarse bajo las coordenadas de la *buena forma*. Se los acusa de ser negligentes en dicha tarea, aún teniendo a su disposición el portentoso arsenal aportado por la tecnociencia, los medios y el mercado. Pese a la inevitable frustración

que ese círculo ilusionista acaba provocando, esa misma insatisfacción se convierte en su mejor combustible porque ella impulsa la parafernalia que promete retardar el fatal declive. Como resultado, una miríada de productos y servicios se anuncia en constante festival, con su retórica especializada en garantizar las certezas más delirantes. Se subraya, sobre todo, su capacidad de ayudar a las víctimas de esa *biopolítica* imperfecta a disimular los inevitables destrozos que tal fiera despiadada —la vejez— aún se empeña en imprimir en el aspecto físico de cada uno. La fuerza de esa voluntad contrariada alimenta, así, el riquísimo mercado de la purificación, constituido por toda suerte de antioxidantes, hidratantes, drenajes, lipoaspiraciones y estiramientos con vocación rejuvenecedora de las apariencias. La meta perseguida por esos trucos casi alquímicos basados en fórmulas con sensato acento tecnocientífico —la mayoría de ellos caros, muy caros— consiste en disimular los estragos del tiempo en las superficies visibles de los pobres cuerpos vivos. Cuanto menos jóvenes se tornan esos organismos, más dignos de pena o desprecio parecerán, por ser incapaces de disfrazar su esencia tan miserablemente humana al madurar y decaer.

¿Pero por qué tanto empeño en una lucha que, a todas luces y a pesar de cierto optimismo reinante, sigue condenada al fracaso? Una posible respuesta sería la siguiente: porque en esta “sociedad del espectáculo” que insta a obtener celebridad mediática para poder “ser alguien”, y que evalúa quién es cada uno en función de aquello que se ve en su superficie corporal y en su actuación puramente visible, la vejez es un derecho negado. O, cuanto menos, si envejecer todavía resulta inevitable para quienes tengan la fortuna de no morir prematuramente, se prohíbe exhibir el aspecto que los avances de la edad suelen denotar. Así, ante esa creciente tiranía de las apariencias juveniles, se censura a la vejez como si fuese algo obscuro y vergonzoso, que debería permanecer oculto, fuera de la escena, sin ambicionar la tan cotizada visibilidad. Un estado corporal a ser combatido —o, como mínimo, sagazmente disimulado— por ser moralmente sospechoso y, por tanto, humillante. Algo indecente que no debería ser exhibido;

al menos, no sin recurrir a los convenientes filtros y a los púdicos retoques que nuestra era inventó para tal fin y que, con creciente insistencia, pone a disposición de todos y nos convoca a utilizarlos.

Así, en plena vigencia de esos valores que ratifican la cristalización de una nueva moralidad, los escenarios privilegiados de los medios de comunicación audiovisual evitan mostrar imágenes de cuerpos viejos. Las revistas de páginas brillantes sólo publican ese tipo de fotografías en raras ocasiones: cuando se considera estrictamente necesario y, aún en dichos casos, contando siempre con el auxilio de las herramientas de edición de imágenes como el popular *PhotoShop*. Pero no se trata solamente de las fotos fijas: en el cine y en la televisión, los cuerpos viejos también se pulen con un arsenal de técnicas depuradoras y alisadoras de las imágenes en movimiento, tales como el software *Baselight*. En el Brasil, por ejemplo, la poderosa red Globo usa esa tecnología desde 2006 para perfeccionar la calidad visual de las telenovelas que produce. Un reportaje sobre el asunto publicado ese mismo año en una revista comentaba los resultados de esa novedad con cierta admiración, afirmando que dos famosas actrices locales —en aquella época con 59 y 54 años de edad, respectivamente— aparecían en la pantalla “con una piel tan lisa que parecían recién salidas de una cirugía estética”. Los representantes de la emisora, sin embargo, declararon en la misma nota que no se trataba de “un programa de rejuvenecimiento” sino de “un método para corregir pequeños defectos de grabación, valorizar colores y detalles o minimizar marcas y manchas en la piel”.¹² El hecho es que tanto el cuidado de los actores como la intervención técnica en las figuras corporales plasmadas en las pantallas se incrementaron con el aumento de la resolución de la imagen debido a las tecnologías de transmisión digital, que captan cada detalle con creciente nitidez, delatando cualquier imperfección en la limpidez de las pieles filmadas.

De modo que son dos las etapas esenciales de ese pulimiento que censura y rectifica los relieves corporales para intentar adecuarlos a los

¹² ALVES Jr., Dirceu. “Imagens valorizadas pela tecnologia”. *Isto é Gente*, San Pablo, 07/08/2006.

exigentes parámetros de la buena forma. Primero, un intenso proceso de disimulación en la propia carne, que cada individuo debe practicar como parte importantísima del “cuidado de sí” en su versión más contemporánea, recurriendo a las diversas técnicas disponibles en el mercado como quien rediseña cotidianamente una imagen cada vez más imperfecta. Después, en el segundo acto de este drama, la reproducción imagética de esos mismos cuerpos también se retoca gracias a la utilización de “bisturís digitales” que operan sobre las siluetas transformadas en píxeles, en una tentativa de devolver cierta “decencia” a esas líneas y a esos volúmenes visiblemente “obscenos”. Tal posibilidad de corregir las propias fallas corporales en las omnipresentes pantallas informáticas ya está disponible, inclusive, en el menú básico de las cámaras digitales de uso doméstico y en las computadoras hogareñas más sencillas: así, ahora, cualquiera puede aplicar los mecanismos alisadores de piel a sus propias fotografías.

Los medios de comunicación de masa, por su lado, sólo abren sus codiciadas vitrinas para exponer los perfiles de unos pocos hombres y mujeres “maduros”. ¿Cuáles? Aquellos que, de alguna manera, no parecen tan viejos. Un selecto grupo de damas y caballeros que, por obra de algún que otro milagro, logran salir más o menos airosos de esa ingrata tarea de disimulación y, por tal motivo, se convierten en preciosos ejemplares de esa especie rara: los *bien-conservados*. Así, como fósiles vivientes, con sus gestos y movimientos hábilmente petrificados bajo los flashes, se hacen merecedores de admiración debido a una mezcla de suerte genética y trabajo arduo. El público global se ve regularmente expuesto a las radiaciones de esos rostros y cuerpos cuidadosamente elegidos y muy bien arreglados, cuyo esplendor resulta de una labor exhaustiva en las dos etapas primordiales de la purificación recién mencionadas. Muchos de ellos han superado los cincuenta o sesenta años de vida en la Tierra, pero aún mantienen cierta dignidad porque saben ostentar una apariencia relativamente juvenil. No es casual que las imágenes proyectadas por esas celebridades que parecen mantenidas en formol suelen ser vampirizadas por la industria de los cosméticos, que las capitaliza para vender espe-

ranzas a todos aquellos que, al contrario, fracasaron con estruendo en el difícil mercado de los prodigios anti-envejecimiento. Las mujeres, una vez más, resultan especialmente sensibles a tales llamados y, por idéntica razón, son las más solicitadas en esa interlocución, aunque el mercado masculino también está creciendo a toda velocidad.

“Nutre su piel de juventud”, prometía la publicidad de un producto anclado en la imagen de Sharon Stone, por ejemplo, cuando contaba poco más de medio siglo de vida. En la foto, la desnudez de la actriz aparecía apenas cubierta por una leve camisola de seda negra —y, claro está, por una buena dosis de retoques digitales—, mientras lanzaba una mirada tan seductora como acusadora a las clientes potenciales de su mágica mercancía. El selecto equipo de esas estrellas maduras y ejemplares incluye otras divas que se encuentran en fases más o menos avanzadas de su “decadencia corporal” pero aún consiguen vender una imagen atractiva con el auxilio de la maquinaria mediática, mercantil y tecnocientífica, tales como las actrices Demi Moore, Juliette Binoche, Julia Roberts, Jane Fonda y la cantante Madonna, por ejemplo. Cabe acotar que esas dos últimas celebridades fueron las principales responsables por la inauguración de la moda de los ejercicios físicos practicados con rigor monástico y cotidiana devoción desde la década de 1980, y por la consecuente “democratización” del derecho a tener un cuerpo *firme*, así como del deber cada vez más intransigente de conseguirlo a cualquier costo. Ahora con más de setenta y cincuenta años de edad, respectivamente, ambas siguen haciendo todo lo posible por mantener tales banderas erigidas con cierta gallardía, y suelen poner sus figuras al servicio de esa misión catequizadora.

La moral de la piel lisa: censurando arrugas obscenas

Se trata de una cuestión de imagen, evidentemente. En el imperio de la cultura audiovisual hoy triunfante, la catástrofe se estampa en los rasgos *visibles* del envejecimiento, que se consideran marcas de debilidad o

señales de una derrota y, por tal motivo, serían moralmente condenables. Ante tal juicio, tener el coraje de ostentarlos impudicamente equivale a practicar una nueva forma de obscenidad. Pero, ¿qué es exactamente lo que se ofendería con tal desvergüenza? Así como sucede con todas las otras “imperfecciones” e “impurezas” que el tiempo cincela en los cuerpos humanos, las arrugas constituyen un agravio a la tiranía de la piel lisa bajo la cual vivimos. Algo más escandaloso, en fin, que cualquier voluptuosidad sobreexpuesta pero bien torneada. Porque hoy se rechaza “todo lo que parezca relajado, fruncido, flácido, abollado, arrugado, pesado, reblandecido o distendido”, como explica el antropólogo francés Jean-Jacques Courtine en sus análisis sobre el surgimiento de un nuevo tipo de cuerpo, en la segunda mitad del siglo XX: el de los fisicoculturistas californianos.¹³ Ese ideal masculino germinó en sintonía con su equivalente femenino, simbolizado por la muñeca Barbie, cuya longilínea figura modelada en plástico rubio sigue diseminando su eficaz pedagogía a escala planetaria.

En su doble versión de género, por tanto, se trata de un tipo de silueta formateada en los Estados Unidos de la década de 1980, cuando florecieron al unísono dos tendencias paralelas y complementarias: una “obsesión por los envoltorios corporales” y una “cultura visual del músculo”.¹⁴ Luego del éxito irradiado por esa nueva modalidad corporal a nivel global, se extendió la creencia de que ningún esfuerzo debería ser ahorrado a fin de convertir al propio cuerpo en una imagen de una *pureza* jamás vista, como un “dibujo de anatomía” que revelase una “tensión máxima de la piel” y una taza de gordura “monstruosamente baja”.¹⁵ Se generalizó, así, una lucha cotidiana contra la terquedad de la carne, en la cual los sujetos contemporáneos se embarcan con la intención de alcanzar una virtualización imagética tan descarnada como descarnante.

¹³ COURTINE, Jean-Jacques. “Os Stakhanovistas do Narcisismo : Body-building e puritanismo ostentatório na cultura americana do corpo”. In : SANT’ANNA, Denise (Org.). *Políticas do corpo*. San Pablo: Estação Liberdade, 1995. p. 86.

¹⁴ COURTINE, op. cit.; p. 83 y 86.

¹⁵ COURTINE, op. cit.; p. 86 y 114.

Así es como opera la moral de la buena forma: sometidos a todas las presiones del desencantado y placentero mundo contemporáneo, los individuos son interpelados por los discursos mediáticos y por el aluvión de imágenes que enseñan tanto las facciones como las leyes del “cuerpo perfecto”; al mismo tiempo, se los informa sobre todos los riesgos inherentes a las actitudes y los estilos de vida que pueden apartarlos peligrosamente de ese ideal. De ellos dependerá tornarse lo que son: ya sea transformando sus cuerpos en un escaparate de sus virtudes y su envidiable bienestar, o todo lo contrario.

Pero sucede que el simple hecho de vivir —el azar de ser un cuerpo vivo, orgánico y material— ya es una enorme desventaja en esa misión, puesto que casi todo conduce al fatídico deterioro físico. Comer, por ejemplo, aunque sea exclusivamente alimentos leves y saludables; o tan solo estar en el mundo mientras el tiempo transcurre y va dejando sus abominables secuelas impresas en la carne. Todo conduce, inexorablemente, a la degeneración. Cabe formular, entonces, una nueva versión de la pregunta central: ¿en pleno auge del “culto al cuerpo”, qué es exactamente lo que veneramos? A pesar de todos los avances, las luchas y las liberaciones que supimos conseguir, en pleno siglo XXI, todavía se acusa a nuestros cuerpos de ser impuros y malditos. Claro que en otros sentidos, muy distintos de los que estigmatizaban a la carne humana bajo el cristianismo medieval, por ejemplo, o incluso de aquellos otros que disciplinaron sus movimientos y deseos a la sombra de la moderna moral burguesa. Pero hoy el cuerpo sigue bajo sospecha y se lo somete a una intensa vigilancia, ya que su carnadura insiste en tender fatalmente a las tentaciones y las corrupciones. Si, antes, los horrores suscitados por tal condición tenían la tonalidad de la transcendencia religiosa o del intimismo laico —que podía involucrar pecados terrenos, culpas interiorizadas y expiaciones divinas—, la nueva versión de esos pavores recicla las antiguas penalidades para reorganizarlas en torno de un eje que pertenece al orden de las apariencias. Por eso, las tentaciones ahora asumen otras formas: alimentos calóricos, drogas, cigarrillos, alcohol, hábitos sedentarios y otras costumbres que se consideran insalubres o

pecaminosas. La corrupción, por su parte, se presenta bajo la sombra del envejecimiento y todo su séquito de efectos colaterales desagradables: flaccidez, gordura, despigmentaciones, arrugas, calvicie, entre otras señales de la organicidad perecedera y la finitud biológica.

Son múltiples las repercusiones de esos desplazamientos en nuestros cimientos morales, cuyos impactos resuenan por todas partes. Un ejemplo sería la aversión provocada por ciertas imágenes que muestran escenas eróticas protagonizadas por ancianos, como es el caso de la película *Wolke Neun*, del director alemán Andreas Dresen, presentada en español bajo el título *Nunca es tarde para amar*, aunque una traducción más literal sería algo así como *La nube nueve*. Ese largometraje se convirtió en blanco de polémicas y generó mucha discusión al estrenarse, en 2008. ¿El motivo? Haber osado exponer, en la pantalla grande del cine, los cuerpos desnudos de una mujer y dos hombres, todos septuagenarios, ejerciendo sus pasiones carnales en un clásico triángulo amoroso. O sea, el tipo de visión que no habría espantado a nadie si los personajes fueran interpretados por actores jóvenes y bien esculpidos, pues no ha sido ni la desnudez ni la intensidad sexual de los actos lo que tornó esas imágenes perturbadoras. Sin duda alguna, la incomodidad tuvo otro origen: el filme desafió a la rígida (aunque bastante hipócrita) moral vigente, que impone las tiranías del aspecto juvenil obligatorio y condena a la invisibilidad todo aquello que osa distanciarse de esa norma tan tenaz.

Un efecto comparable fue provocado por la ilustración de un reportaje que anunciaba una noticia: el primer matrimonio civil celebrado en la Argentina por dos mujeres, en abril de 2010. Más allá de las controversias emanadas del propio texto informativo y de la novedad que se estaba divulgando, lo que más irritó la sensibilidad del público lector —a juzgar por los comentarios dejados en las versiones online de los periódicos— fue la foto: una imagen que mostraba el beso feliz de la pareja recién casada, con un ramillete de flores y la certificación de casamiento en la mano de una de las novias. La causa del estupor fue el hecho de que las cónyuges tenían 67 y 68 años de edad, respectivamente, y la mayor incomodidad moral provenía del aspecto de ambas señoras: una aparien-

cia física asociable a la figura de la típica abuela, muy lejos de las divas *bien conservadas* a las que la industria del espectáculo habituó nuestra mirada. Se notaba, además, en las dos siluetas entrelazadas en ese abrazo apasionado, la inexistencia de cualquier esfuerzo visible por disimular tal condición de “viejas”, lo cual las alejaba todavía más de aquellas imágenes sensuales y glamorosas que nuestra tradición mediática suele asociar a los perfiles de las amantes lesbianas.¹⁶

Un tipo de pudor semejante a ese que lleva a censurar la exhibición de pieles arrugadas, especialmente si se las sorprende en situaciones con connotaciones eróticas, es aquel otro que silencia las imágenes de cuerpos gordos, sobre todo cuando estos también cometen el atrevimiento de asumir alegremente su peso y su tamaño en evidente desnudez, o cuando practican actos abiertamente carnales como comer o fornicar. Se trata de otro tabú raramente desafiado en las producciones audiovisuales contemporáneas, aunque ese camino ya empieza a ser recorrido y amenaza estallar a la brevedad, debido a su potencial apelativo como un nuevo nicho espectacular. Por lo pronto, y con alta diversidad tanto estética como política, episodios de ese tipo pueblan algunos recovecos de internet, genuino antro de las “imágenes aficionadas”, además de aparecer en películas más o menos alternativas como *Batalla en el cielo*, del mexicano Carlos Reygadas (2005), y *Estómago*, del brasileño Marcos Jorge (2007). Pero si se trata de poner en escena a ese “cuerpo explícito” que las imágenes mediáticas tanto procuran acallar, el campo de las artes plásticas hace ya bastante tiempo que lleva la delantera: desde las feministas enfurecidas de los años 1970, como Carolee Schneemann y Judy Chicago, hasta las pinturas más actuales de Lucien Freud y Jenny Saville, pasando por las esculturas de Rebecca Warren y Berlinde de Bruyckere, las instalaciones de Gilles Barbier y Wang Du, las fotografías de John Coplans e Yves Tremorin, los retratos de Aleah Chapin e Ignacio Estudillo, sólo para mencionar algunos nombres casi al azar. Porque el catálogo es inmenso y sumamente variado; además, la tendencia parece

¹⁶ MARIANETTI, Marina. “Se casó la primera pareja de lesbianas”. *La Nación*, Buenos Aires, 10/04/2010; y “Una jueza anuló el primer matrimonio entre mujeres celebrado en el país”, 16/04/2010.

muy vigorosa e incluso imparabile, tanto en su voluntad de denunciar las grietas del proyecto purificador como en sus posibles aportes a la banalización de una carnalidad espectacularizada.

¿Del feminismo al viejismo?

A pesar de esas exploraciones de la condición incorporada que se desdoblán actualmente en el terreno de las artes visuales, y aun considerando los sinuosos coqueteos de la cultura mediática con cierto “realismo sucio” hoy en boga, todavía prolifera esa forma de “censura” tan contemporánea, que se aplica con estricta severidad a casi todas las imágenes corporales con derecho a ser exhibidas. A principios del 2008, un caso especialmente emblemático llamó la atención. Se trataba de una fotografía de nadie menos que Simone de Beauvoir, publicada en la tapa de la revista *Le Nouvel Observateur* en conmemoración de los cien años del nacimiento de la filósofa francesa. La imagen había sido tomada sin su consentimiento, en 1952, y en ella la escritora aparecía desnuda, de espaldas, saliendo del baño, durante una visita a su amante norteamericano Nelson Algren. Pero el verdadero alboroto no fue motivado ni por la salvaje violación de la intimidad de esa mujer fallecida más de dos décadas atrás, ni tampoco debido a su desnudez en rotunda exposición. En cambio —o, mejor, además—, el foco de la tormenta apuntó hacia el procedimiento técnico al cual fuera sometida la imagen en cuestión: ciertos trazos del cuerpo fotografiado habían sido retocados con herramientas digitales.

En la época en que ocurriera aquella toma furtiva, hace ya seis décadas, la autora tenía 44 años. Transitaba, por tanto, una etapa de la vida en que las mujeres se embarcan peligrosamente rumbo a aquella zona gris que constituye el abismo entre la juventud y la vejez. En otras palabras, diríase que en aquel momento Madame de Beauvoir estaba convirtiéndose en una “vieja”. Ése fue uno de los motivos, justamente, por los cuales los editores de la publicación justificaron el uso de *PhotoShop* para reto-

car sus piernas y otros volúmenes corporales, alegando que los códigos estéticos de la actualidad impiden publicar una foto de ese tipo en la cubierta de una revista sin que antes se la someta al cuidadoso escarpelo de la edición digital. Ó, como afirmó uno de los participantes del debate: “una falta de respeto habría sido no retocarla”.¹⁷ El argumento coincide exactamente con una de las premisas de la actual moral de la buena forma, que también alimenta “el mito del *PhotoShop*”, como lo denomina Mirian Goldenberg.

Con su puritanismo rectificador, ese instrumento que hoy resulta tan fundamental para la producción de imágenes corporales, “protege a la mujer de estar verdaderamente desnuda al eliminar las mínimas imperfecciones del cuerpo femenino”, explica la antropóloga. “De cierta forma, el *PhotoShop* viste a la mujer al desnudarla de sus arrugas, estrías, celulitis y manchas”. En esa púdica tarea, la herramienta digital “crea una nueva piel para la desnudez femenina, que parece ser completamente lisa e inmaculada”.¹⁸ Al fin y al cabo, valdría agregar aquí otra aclaración importante que sustenta estas prácticas y creencias; y que, sin duda, contribuye a reforzarlas. Como apunta la misma autora, el único cuerpo que “aún sin ropas, está decentemente vestido”, según reza la moralidad actual, es aquel “trabajado, cuidado, sin marcas indeseables (arrugas, estrías, celulitis, manchas) y sin excesos (grasas, flaccidez)”.¹⁹

Considerando, como telón de fondo, toda esa reconfiguración de los valores en torno a los cuerpos humanos y sus imágenes, vale la pena retomar el episodio protagonizado por Simone de Beauvoir en 2008, tan involuntaria como póstumamente, pero que resulta sintomático por varios motivos. Primero, porque la dueña de esa piel ahora renovada y alisada mediante artimañas informáticas fue una de las principales voces del pensamiento y de las luchas feministas que tachonaron el siglo XX.

¹⁷ SIBILIA, Paula. “A bunda de Simone de Beauvoir”. *Trópico*, San Pablo, Fevereiro 2008.

¹⁸ GOLDENBERG, Mirian. *Coroas: Corpo, envelhecimento, casamento e infidelidade*. Rio de Janeiro: Record, 2008; p. 81.

¹⁹ GOLDENBERG, Miriam; RAMOS, Marcelo Silva. “A civilização das formas: o corpo como valor”. In: GOLDENBERG, M. (Org.) *Nu & Vestido: Dez antropólogos revelam a cultura do corpo carioca*. Rio de Janeiro: Record, 2002; p. 29.

Segundo, porque las manos de esa autora escribieron cientos de lúcidas páginas sobre los complejos sentidos de la vejez en el mundo moderno y sobre la urgente liberación de las mujeres en una cultura que las oprimía, reduciendo toda la complejidad y la potencia de sus vidas a la administración de un tipo menor de “capital corporal”. Y, por último, por el asombro que suscita el hecho de que nuestro ágil siglo XXI no sepa imaginar mejor forma de homenajear todo eso que vendiendo, en primerísimo plano, la imagen de un trasero cobardemente robado y convenientemente retocado.

Cuesta admitir que actitudes de ese tipo ocurran justamente ahora, cuando “el segundo sexo” dejó de ser adjetivado como débil o secundario, y son muchas las mujeres que avanzan en el ámbito público disputando los cargos más importantes del planeta. Cabe notar que inclusive ellas, esas damas que llegan a instalarse en las cumbres del poder, tampoco logran esquivar del todo las ambiguas severidades de esta insidiosa moral de la buena forma. Un caso que mereció cierto debate fue el de la candidata a la presidencia del Brasil en las elecciones de 2010, Dilma Rousseff, una señora que en ese momento tenía 63 años de edad y cargaba una densa trayectoria política iniciada varias décadas atrás. Hasta entonces, aparentemente, nunca había prestado excesiva atención a las labores cosméticas. A fines del 2008, sin embargo, la entonces ministra del gobierno brasileño se sometió a una serie de intervenciones estéticas bastante radicales —incluyendo cirugías plásticas, dietas, lentes de contacto, tintura de cabello, maquillaje, cambios de vestimenta y peinado— que la dejaron con una apariencia rejuvenecida. “Estoy más parecida conmigo a los cuarenta que a los sesenta”, confesó en una entrevista a la revista *Marie-Claire*, aunque las fotografías de dos décadas atrás la muestren con un aspecto muy distinto al conseguido gracias a los artificios contemporáneos. Y luego añadió, bromeando: “no llegué a los treinta, que era mi sueño de consumo”.²⁰

²⁰ GULLO, Carla; NEVES, Maria Laura. “A mulher do presidente”. *Marie-Claire*, San Pablo, 12/04/2009.

Las transformaciones físicas de Dilma Rousseff se efectuaron poco tiempo antes de la oficialización de su candidatura; y todo indica que su motivo residió, precisamente, en las posibles consecuencias de tal decisión. Como aspirante a la presidencia nacional, por primera vez en su carrera, la economista ya no dependería de su propia competencia o de las negociaciones y disputas con sus pares, sino que la sentencia estaría en manos de los telespectadores. O, más exactamente, en el despiadado veredicto de los ojos de estos últimos. Se dedujo que muchos de esos votantes prestarían más atención a la textura de la piel, al corte de cabello y a las ropas de la primera mujer que disputaba tal cargo en la historia del país, que a sus palabras e ideas, sus actos o proyectos con resonancias públicas. Todo eso también pronto dejaría de ser propiamente *suyo*, en realidad, para ser pautado por el equipo profesional de los “asesores de imagen” contratados por el partido político al que se adscribía. A pesar de las diferencias en sus respectivos estilos y actitudes, ataduras semejantes parecen sujetar a la actual presidenta de los argentinos, Cristina Fernández de Kirchner: bordeando ya las seis décadas de vida, nunca ha dejado de dedicar buena parte de sus energías diarias a perfeccionar su apariencia con un uso intenso de cosméticos y otros tratamientos estéticos como el *botox*, además de escoger cuidadosamente un vestuario sofisticado y jamás repetido para cada ocasión. Algo que no parece pesar sobre ninguno de sus pares masculinos, o al menos no todavía en esa magnitud. Por otro lado y en no pocas ocasiones, cabe notar que todos esos atributos y costumbres también son capaces de despertar más interés que sus propios discursos y acciones.

A la luz de esos pocos casos rápidamente comentados en estas páginas —por considerarlos sintomáticos de ciertas mutaciones en nuestras creencias y valores relativos a la condición encarnada y, en particular, a nuestra relación con la vejez, sobre todo para las mujeres— vale formular aquí algunos de los cuestionamientos finales de este ensayo. ¿Qué sucedió en las últimas décadas para que, a pesar de todas las victorias obtenidas en el campo de las luchas corporales, hoy resulten habituales ese tipo de actitudes y reacciones, que denotan el insólito vigor de

los nuevos moralismos? ¿Sería una insistencia atávica de los rancios machismos que jalonan nuestra tradición, así como de ciertos tabús que aún articulan a la sociedad patriarcal y burguesa? ¿Estaríamos observando, entonces, algo que —con paciencia, buena suerte y nuevos avances— pronto será superado? ¿O tal vez, al contrario, se trata de un cuadro sumamente actual, que expresa una torsión inesperada con respecto a lo que ocurriría en plena batalla feminista de mediados del siglo XX, y que afecta especialmente a las mujeres adultas en este inicio de milenio?

Un cuerpo pos-disciplinario, joven y espectacular

Si la intención es apuntar algunas respuestas para esas complejas interrogaciones, en primer lugar, cumple destacar una constatación. Es evidente que esa mirada tan contemporánea, que desprecia lo que ve al juzgarlo incorrecto —o, en otros términos, arrugado y adiposo— y busca repararlo u ocultarlo, no está impulsada por la vieja moral burguesa que rechazaba toda exhibición de desnudez y se ruborizaba ante cualquier alusión a la sexualidad. Muy lejos de esa cosmovisión, la severidad de esta mirada tan actual responde a otros mandatos morales, bastante diferentes de aquellos más anticuados, aunque no menos rígidos e implacables. Bajo esta nueva lógica, no es la visión del cuerpo desvestido ni la osadía erótica lo que molesta y acaba suscitando esos ímpetus censuradores. Al contrario, en verdad; todo eso puede ser muy bien tolerado o inclusive estimulado y hasta premiado en el mundo contemporáneo, pero hay una importante salvedad: siempre y cuando las líneas de las siluetas que los protagonizan sean perfectamente lisas, rectas y bien definidas. He aquí la reluciente moral de la buena forma en plena acción: aquella que no se avergüenza ni se preocupa por ocultar la sensualidad más descarada, pero exige de todos los cuerpos que exhiban contornos planos y relieves bien torneados, como los de la piel plástica de la muñeca Barbie o como los dibujos bidimensionales de los comics.

Michel Foucault ya había llegado a esa conclusión, como revela una entrevista concedida hace ya casi cuarenta años a la revista *Quel Corps?*. “¡Desnúdese... pero sea delgado, bonito, bronceado!”, sintetizaba ese autor en 1975.²¹ Bajo los efluvios de la era digital, una versión actualizada de ese permiso condicionado podría añadir que, además, se recomienda también depurar esa desnudez expuesta con la ayuda del *PhotoShop*. “La mujer puede no tener vergüenza de mostrar su cuerpo”, explican Alexandre Werneck y Mirian Goldenberg en su análisis sobre las fotografías de la revista *Playboy* a principios del siglo XXI, “pero no sin que pase, antes, por una sesión de revisión a cargo del software, que ocultaría celulitis, grasas, manchas, estrías”.²² De modo que los cambios socioculturales que terminaron alterando el panorama, hasta derivar en estas manifestaciones más recientes, comenzaron a dispararse hace ya varias décadas: en los años 1970, precisamente, cuando la disciplina y la “ética puritana” entraron en crisis como las grandes fuerzas propulsoras del capitalismo. Entonces “se percibió que ese poder tan rígido no era tan indispensable como se creía”, explica nuevamente Foucault, y “que las sociedades industriales podían contentarse con un poder mucho más tenue sobre el cuerpo”.²³

Como consecuencia de esos deslizamientos, se desactivaron algunas de las amarras que amordazaban a los huesos y músculos modernos para imprimirles los ritmos de la fábrica, el cuartel, la escuela y la prisión. Pero no se trató de una liberación total, ya que la contraofensiva puso en marcha “una explotación económica (y tal vez ideológica) de la erotización, desde los productos para broncearse hasta las películas pornográficas”.²⁴ En los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI, se ha exasperado ese catálogo que lucra con el mercado del embellecimiento, del placer y del bienestar, desdoblado así nuevas reglas morales y otros

²¹ FOUCAULT, Michel. “Poder-Corpo”, In: *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Ed. Graal, 1979; p.147.

²² GOLDENBERG, Mirian. *Coroas: Corpo, envelhecimento, casamento e infidelidade*. Rio de Janeiro: Record, 2008; p. 80.

²³ FOUCAULT, op. cit.; p.148.

²⁴ FOUCAULT, op. cit.; p.147.

grilletes para esos cuerpos liberados del antiguo poder disciplinario. Por eso, a la lista de cualidades impuestas a las figuras corporales contemporáneas, rápidamente enumeradas por Foucault en aquella entrevista —delgado, bonito, bronceado— habría que añadir otra importantísima: la juventud. O, cuanto menos, el aspecto juvenil. Porque fue justamente en ese febril momento histórico, a fines de la década de 1960 y principios de los años 1970, cuando la juventud se impuso como un valor indiscutible y universal; entonces, la apariencia *teen* se convirtió en sinónimo exclusivo de la *buena forma*.

En contrapartida, la vejez no sólo perdió sus antiguas glorias y honores, que enaltecían valores hoy claramente anacrónicos como la experiencia y la sabiduría de la madurez, sino que también terminó extraviando casi todo su sentido. “¿Quién intentará, siquiera, lidiar con la juventud invocando su experiencia?”, se lamentaba sagazmente Walter Benjamin en los remotos años treinta del siglo XX, esgrimiendo una astuta mirada premonitrice.²⁵ Porque pasarían todavía tres o cuatro décadas antes de que triunfase, por completo, la famosa arenga que aconsejaría “no confiar en nadie con más de treinta años”. En 1969, cuando la tendencia ya era innegable, el escritor Adolfo Bioy Casares acuñó una bella sátira de esa tiranía de la juventud inexperta y lozana que se imponía por todas partes. En su lúcida novela *Diario de la guerra del cerdo*, el novelista argentino relata la gradual implantación de un programa de exterminio de los ancianos y, junto con ellos, la eliminación de toda la fealdad y la impotencia fatalmente asociadas a la vejez. Dos años antes, en 1967, Guy Debord publicó su manifiesto titulado *La sociedad del espectáculo*, que también contribuye a la comprensión de tales desenlaces. Tanto en aquel libro como en la película homónima, ese último autor denunció el surgimiento de un nuevo tipo de organización social, articulada en función de las apariencias. Así, la imagen de cada uno pasó a ser fundamental para definir quién se es, y los códigos mediáticos que regulan esas imágenes están lejos de ser “libres”.

²⁵ BENJAMIN, Walter. “Experiência e pobreza”. In: *Obras escolhidas: Magia e técnica, arte e política* (v. 1). San Pablo: Ed. Brasiliense, 1994; p. 117.

Mientras se deshacían del peso inerte de los viejos tabús y otros fardos oxidados, los cuerpos surgidos impetuosamente en aquella época asumieron otros compromisos y sellaron otros pactos; sobretodo, con los hechizos del espectáculo y sus deslumbramientos audiovisuales. “Como respuesta a la insurrección del cuerpo”, esclarece aún Foucault, “encontramos una nueva embestida que no tiene más la forma del control-represión sino la del control-estimulación”.²⁶ Varias décadas después de esos desplazamientos y sus consecuentes reacomodos, todavía creemos en ese mito del cuerpo juvenil como un valioso capital hiper-estimulado que, lamentablemente, se va desgastando con el tiempo, pero que no se debería perder de ninguna manera. Esa creencia, que vislumbra una concentración triunfal de ese capital corporal en la capacidad de exhibir una imagen joven, delgada y feliz, es de las más robustas —y tiránicas— de nuestra época. Sobre esas bases se ha edificado un inmenso negocio: un mercado alimentado diariamente por millones de cuerpos “dóciles y útiles”, tanto femeninos como masculinos, de todos los grupos etarios y étnicos, así como de los más diversos estratos socioeconómicos, esparcidos por la intrincada geografía global. Esos cuerpos consumidores se desesperan por comprar, con un entusiasmo digno de mejores causas, una determinada imagen corporal: aquella que se considera válida o adecuada. En ese derrotero, luchan sin tregua por mantener aquello que de todos modos se desvanecerá: una apariencia joven, lisa y *buena*.

El objetivo consiste en evitar, desesperadamente y con todos los recursos posibles, la caída en la temible casta de la “tercera edad”. Todo para no transformarse, así, en un ser humano de segunda —o de tercera, o bien, más precisa y trágicamente: de última— categoría. Una condición a todas luces inferior e incluso deficitaria, porque sólo se define por la falta de aquello que irremediamente se ha perdido pero que otros aún poseen y ostentan con orgullo. En ese sentido es que ahora nadie tiene derecho a envejecer. Y, muy especialmente, son las damas las que más sufren los colaterales de esa prohibición. No sorprende que

²⁶ FOUCAULT, op. cit.; p.147.

ninguna mujer quiera ponerse “vieja” hoy en día, ya que el dinámico mundo contemporáneo no cesa de martillar que nadie debería dejarse vencer por esas fuerzas oscuras: aquellos fantasmas que, de todas maneras y con tanta insistencia, jamás detienen su asedio. En semejante cruzada, todo o casi todo vale. Inclusive algo que resulta muy curioso en una cultura considerada hedonista: el sacrificio de la propia vida, ya sea en sus versiones minúsculas y cotidianas o en la más grandiosa y letal de todas. Esto último se constata en las muertes causadas por complicaciones en cirugías plásticas, por ejemplo, o bien debido al consumo de anabólicos, a los excesos en la práctica de ejercicios físicos o en las dietas, e incluso a los accidentes con máquinas bronceadoras o tinturas para el cabello.

Una explicación posible para ese peculiar fenómeno emana de los labios de la actriz hollywoodense Virginia Madsen, quien alquiló su rostro para protagonizar la publicidad del famoso *botox*, un producto que promete preservar el aspecto juvenil de los rostros que empiezan a arrugarse. Mirando con firmeza a la lente de la cámara, esta celebridad de ocasión asegura que su meta al inyectarse regularmente esa mágica substancia bajo su piel facial no consiste en “tener el aspecto de una mujer de 25 años”. En cambio, la atrayente cincuentona —que, sin embargo, no desea convertirse en vieja de ninguna manera— confiesa cual es su intención: “no quiero tener 25 años, sólo quiero parecer yo misma”. De modo similar, una propaganda de crema para la piel muestra la foto de una modelo sonriente que dice “yo no escondo mi edad, pero tampoco la dejo aparecer”. Pese a su eventual incongruencia, esos testimonios cobran mucho sentido en una sociedad como la que despunta en estos albores del siglo XXI. Al mezclar de un modo aparentemente contradictorio las actuales exigencias de autenticidad y performance — la contundencia del verbo ser con la ligereza de estar y parecer, o bien con las delicias del aparecer— esos anuncios asumen que el derecho a ser alguien o a encarnarse en *uno mismo* es un privilegio concedido solamente a los jóvenes. O a aquellos que, por lo menos, consiguen cierto éxito en la ardua tarea de aparentar que lo siguen siendo.

Referencias bibliográficas

- BEAUVOIR, Simone de. *A velhice*, v. 1 e 2. San Pablo: Difusão Européia do Livro, 1970.
- BEAUVOIR, Simone de. *O segundo sexo*, v.2, “A experiência vivida”. San Pablo: Difusão Européia do Livro, 1967; p. 170.
- BENJAMIN, Walter. “Experiência e pobreza”. In: *Obras escolhidas: Magia e técnica, arte e política* (v. 1). San Pablo, Ed. Brasiliense, 1994; p. 114-119.
- BIOY CASARES, Adolfo. *Diario de la guerra del cerdo*. Buenos Aires: Biblioteca La Nación, 2001.
- COURTINE, Jean-Jacques. “Os stakhanovistas do narcisismo: Body-building e puritanismo ostentatório na cultura americana do corpo”. In : SANT’ANNA, Denise (Org.). *Políticas do corpo*. San Pablo: Estação Liberdade, 1995. p. 81-114.
- DEBORD, Guy. *A sociedade do espetáculo*: Comentários sobre a sociedade do espetáculo. Rio de Janeiro: Contraponto, 1998.
- EHRENBERG, Alain. *O culto da performance*: Da aventura empreendedora à depressão nervosa. Aparecida, SP: Ed. Idéias e Letras, 2010.
- FOUCAULT, Michel. “Poder-Corpo”, In: *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Ed. Graal, 1979; p.145-152.
- GOLDENBERG, Miriam; RAMOS, Marcelo Silva. “A civilização das formas: o corpo como valor”. In: GOLDENBERG, M. (Org.) *Nu & Vestido*: Dez antropólogos revelam a cultura do corpo carioca. Rio de Janeiro: Record, 2002; p. 19-40.
- GOLDENBERG, Miriam. (Org.) *O corpo como capital*. Estudos sobre gênero, sexualidade e moda na cultura brasileira. Barueri: Estação das Letras e Cores, 2007.
- GOLDENBERG, Miriam. *Coroas*: Corpo, envelhecimento, casamento e infidelidade. Rio de Janeiro: Record, 2008.
- KALACHE, A; VERAS, Renato; RAMOS, Luiz Roberto. “O envelhecimento da população mundial. Um desafio novo”. In: *Rev. Saúde pública*, San Pablo, 21:200-10, 1987.
- SIBILIA, Paula. *El hombre postorgánico*: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- SIBILIA, Paula. *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- SIBILIA, Paula. “A bunda de Simone de Beauvoir”. *Trópico*, San Pablo, Febrero 2008.
- SIBILIA, Paula. “Imagens de corpos velhos: A moral da pele lisa nos meios gráficos e audiovisuais”. In: COUTO, Edvaldo Souza; GOELLNER, Silvana (Orgs.). *O triunfo do corpo: polémicas contemporâneas*. Petrópolis: Ed. Vozes: 2012.